

tro Dios, y cosas terribles nos han sucedido por lo mismo; mas tú no juzgues que quedarás sin castigo, porque has osado pelear contra Dios. Así murió el sexto; mas la madre era sobremanera admirable y digna de la memoria de todos los buenos, porque viendo morir todos sus hijos en el término de un solo día, lo sufría con buen ánimo, por la esperanza que tenía en su Dios; y porque llena de sabiduría exhortaba con valor en su lengua nativa á cada uno de ellos en particular, y uniendo un ánimo varonil á la ternura de madre, les decía: Yo no sé de qué modo os formásteis en mi seno, porque no fui yo quien os di ni espíritu, ni alma, ni vida, ni tampoco fui yo la que coordiné los miembros de cada uno de vosotros, sino que fué el Criador, que formó al hombre en su origen y dió principio á todas las cosas; quien os restituirá con misericordia el espíritu y la vida, así como vosotros os entregais (á la muerte) por sus santas leyes.

Del sétimo y último.

Ya no quedaba sino el último y mas niño de los siete hermanos, y desesperado Antíoco al verse despreciado y vencido por unos jovencitos, no sabía qué partido tomar para con este. Atormentarle como á los otros, ó todavía mas, si era posible, no tendría otro resultado que añadir nueva ignominia á su ignominia. Perdonarle y disimular su odio, no estaba con su genio brutal y sanguinario. En esta incertidumbre tomó el partido de sofocar por algunos momentos la fiereza de su corazón, y representar el papel de la ternura y las promesas para vencer con alhagos al que no esperaba vencer con suplicios. Principió por exhortarle con palabras seductoras. Le prometió que le haría rico y dichoso, y que tendría cuanto quisiese. Se ofreció ser su amigo, si dejaba las leyes de su país. Añadió á las promesas el juramento y la palabra de rey. . pero el niño nada respondió, ni dió la menor señal de condescender.

Exhortacion de la madre á este hijo.

Viendo Antíoco que ninguna mella hacian sus promesas en el ánimo del niño, llamó á la madre y la persuadió á que salvase la vida de aquel hijo, y al cabo de haberla exhortado con muchas razones lisonjeras, la madre prometió que persuadiria á su hijo (el rey creía que á rendirse, y la madre entendia á que no se rindiese). Entonces esta madre valerosa, riéndose del tirano, se inclinó á su hijo y le dijo en su lengua propia (la hebrea y no la griega que era la de Antíoco): Hijo mio, ten piedad de mí, que te llevé en mi seno nueve meses, te di el pecho tres años y te he criado y cuidado hasta este día. No me aflijas con alguna cobardía indigna de tus heroicos hermanos, de tu madre y de ti mismo. Mira, hijo mio, al cielo (que es tu patria). Mira tambien á la tierra; considera cuanto contienen cielo y tierra, y acuérdate que de nada lo hizo Dios todo, los cielos, la tierra y el género humano. Acordándote de lo que acabo de decir no temerás á este carnicero, sino que te harás hermano digno de tus hermanos. Recibela muerte para que yo te reciba con tus hermanos (en aquella misericordia que esperamos en el seno de nuestro padre Abraham y despues en el de nuestro Dios...)

**Correspondencia de este hijo á la exhortacion,
y su muerte.**

Aun estaba hablando esta heroica madre, cuando exclamó el niño: ¿Qué esperais? Yo no obedezco al mandato del rey, sino al precepto de la ley de Dios que nos fué dada por Moises. Y dirigiendo sus palabras al tirano, tú, le dijo, que eres el autor de todos los males contra los Hebreos, no te librarás de la mano de Dios. Nosotros padecemos esto por nuestros pecados, y si el Señor, Dios

nuestro, se ha enojado un poco con nosotros para corregirnos y enmendarnos, tambien de nuevo se reconciliará con sus siervos; pero tú, que eres el mas perverso de todos los hombres y estás enfurecido contra sus siervos, en vano es que te engrias con lisonjeras esperanzas, porque aun no has huido el juicio del Dios omnipotente, y que ve todas las cosas. Mis hermanos habiendo tolerado ahora un dolor pasajero, se han puesto bajo el testamento de la vida eterna (se han hecho herederos de la vida eterna), mas tú por justo juicio de Dios pagarás las penas debidas á tu soberbia. Yo, pues, entrego mi cuerpo y mi alma (mi vida) por las leyes que dió el Señor á mis padres como lo han hecho mis hermanos, rogando á Dios que se muestre luego propicio á nuestra nacion, y que tú á fuerza de golpes y tormentos confieses que Él solo es Dios. En mí y en mis hermanos cesará la ira del Omnipotente, que tan justamente ha venido sobre toda nuestra nacion. Antíoco estaba ya fuera de sí, y lleno de coraje mandó que fuese atormentado este sétimo y último hermano mas cruelmente que todos los otros; pero tan fiel como ellos, todo lo sufrió, y espiró sin contaminarse y con entera esperanza en el Señor.

Muerte de la madre y elogio de todos.

Por último la madre fué martirizada despues de sus hijos. Nada nos dice el historiador sagrado del género de martirio que padeció. San Gregorio Nacianceno afirma que fué quemada, y esto era muy consiguiente á la rabia con que debió mirarla Antíoco, conociendo que era la principal que resistía y que había hecho que sus hijos resistiesen á sus edictos. Cuantos elogios se quieran hacer de esta insigne mujer y sus ilustres hijos, serán inferiores á la idea que formarán de estos héroes los que lean los dichos y los hechos que contiene su admirable historia. Esta piadosa é ilustre familia tuvo la gloria de ser

como el último sacrificio que acabó de aplacar la ira del Señor, y mereció que la sucediese en los triunfos de Israel otra familia no menos piadosa é ilustre. El Señor en la sabiduría de sus admirables decretos destinó la primera á triunfar, rindiendo su cuello al acero del tirano y derramando su sangre en sacrificio de aplacacion, y la segunda á triunfar resistiendo al acero del tirano y haciendo cesar el curso de las profanaciones. Esta á teñir su espada con la sangre de los verdugos, y aquella á teñir con la suya la espada de los verdugos. Una fué sacrificada para aplacar la ira del Señor, otra fué sacrificadora para castigar los insultos que los impíos habían hecho al Señor, y esta segunda y valerosa familia fué la de los Macabeos.

Pintura del valor admirable de la nacion santa en estas circunstancias.

Despues de los estragos que el malvado Antíoco acababa de hacer en toda la Judea, llevando el hierro y el fuego al seno de sus habitantes, ensangrentando sus ciudades, trastornando sus costumbres, destruyendo á Jerusalem, profanando su templo, persiguiendo de muerte á los Israelitas fieles á su religion, llevando al sepulcro millares de sus hijos, y agotando de hombres y de fuerzas la nacion santa, no podia esperarse que esta pobre nacion, reducida á un puñado de gente, sin ciudades, sin pueblos, sin defensas, sin soldados, sin otra habitacion que los montes, los riscos, los desiertos y las cuevas de las fieras, pudiese aspirar á otra cosa que á esperar en sus guaridas que se aplacase algun tanto la persecucion, para respirar algunos momentos. Mucho menos podia, ni aun imaginarse, que reducida por los extraños á un estado tan lamentable, y despedazada por los propios con funestas divisiones y lastimosas apostasías, se atreviese á resistir á todas las fuerzas de la

Siria, á reparar sus inmensas pérdidas, á purificarse de la sangre impura de los apóstatas y los incircuncisos, á arrojar á los impíos de la fortaleza de Sion, derribar los ídolos, fortificar á la vista de sus enemigos la ciudad santa, restablecer el culto del Señor, dar fuertes batallas y alcanzar grandes victorias de sus enemigos. Todo esto era absolutamente increíble, á quien calculase los sucesos por las cuentas de la prudencia humana; pero no es lo mismo el débil ojo del hombre, que apenas ve lo que le rodea inmediatamente, que el ojo de la divina Providencia que está viendo lo presente, lo pasado y todo lo que ha de venir, y disponiéndolo todo en número, peso y medida.

El Señor, irritado por los pecados de su pueblo, le habia desamparado y dejado al brazo del furor de sus enemigos, y aplacado por su penitencia, vuelve á concederle su proteccion soberana y se pone, por decirlo así, á su frente: y luego se ve desconcertado el poder y triunfante la flaqueza. No quiere decir esto, que los defensores de su religion y su patria no fuesen en realidad unos héroes, sino que sus victorias eran muy particularmente de Dios. Ellos mismos refirieron siempre la felicidad de sus sucesos al Señor, á quien siempre invocaban para entrar en los combates, y á quien rendian las mas entrañables acciones de gracias cuando salian victoriosos de ellos.

Carácter de las guerras de los Macabeos.

En esta última parte de la historia del antiguo Testamento veremos unas guerras bien diferentes de las que nos refieren las historias de las naciones. Veremos unas guerras santas, cuyo motivo es la religion, cuyos jefes son los sumos sacerdotes y cuyo fin es la reparacion de la gloria del Altísimo tan vilmente ultrajada. Veremos unas guerras, cuyos sucesos llevan con un

dulce movimiento á bendecir y alabar al Señor; y para esto es para lo que vamos á referir circunstanciadamente las guerras que acabamos de anunciar, y no para saciar un anhelo inquieto ni una vana curiosidad.

LOS MACABEOS.

El gran sacerdote Matatias, sus hijos y algunos Israelitas huyen de Jerusalem á las montañas de Modin.

En los dias en que la tiranía quitaba cruelmente la vida á los ancianos Eleázaros y á los tiernos hijos de las matronas, y en que una escena sangrienta se representaba en Jerusalem y en todas las ciudades de Israel, plugo al Señor que se mudase casi repentinamente esta dolorosa escena. El sacerdote Matatias, no pudiendo sufrir la vista de los horrores y abominaciones que se cometian en Jerusalem, dejó la ciudad y se retiró á las montañas de Modin, pueblo de su naturaleza y antigua morada de sus padres. Era Matatias hijo de Juan, nieto de Simeon, de la familia de Joarib, colocada por la suerte, que dirigió la mano del Señor, en la primera clase de las veinte y cuatro sacerdotales sorteadas en tiempo de David, y descendiente de Aaron por Eleazar, primogénito de este sumo y primer pontífice de Israel. Se hallaba á la sazón muy avanzado en edad, y tenia cinco hijos, dignos de tan venerable y celoso padre: Juan Gadis, Simon Tasi, Judas Macabeo, Eleazar Abaron, y Jonatás Afos. Estos cinco hijos acompañaron á su padre, y unos cuantos Israelitas fieles y constantes le siguieron á su retiro. Era este un monte solitario, donde se vieron reducidos á vivir entre las fieras y á sustentarse de yerbas; pero la compañía de las fieras nada tenia de temible para esta gente valerosa, comparada con la compañía de los impíos; y morir de hambre en los montes, les parecia una cosa

dulce en comparacion de la amargura de presenciar la carnicería de sus hermanos y la horrible profanacion del lugar santo.

Lamentos de Matatías desde aquellas soledades.

Desde aquellas alturas dirigian sus ojos á la infeliz Jerusalem y á las ciudades de Judá, y desde allí contemplaban con dolor de sú alma los torrentes de males que inundaban su amada patria ¡ Desdichado de mí! decia Matatías, anegado en llanto; ¿ porqué he nacido para ver la destruccion de mi pueblo y la ruina de la ciudad santa y hallarme sentado, mientras que es entregada en manos de sus enemigos? Las cosas sagradas estan en manos de extraños, y el templo es como un hombre deshonorado. Los vasos de su gloria han sido llevados en cautiverio, sus ancianos despedazados en las plazas, y sus jóvenes pasados á filo de espada. ¿ Qué gente no heredó su reino y no tuvo parte en sus despojos? Todo su adorno ha sido arrebatado, y la que era libre ha quedado esclava. Nuestras cosas santas, nuestra hermosura, nuestro esplendor... todo ha sido manchado y profanado por las gentes. ¿ Porqué aun vivir todavía? añadia este elocuente y celoso anciano rodeado de sus hijos y fieles Israelitas. Repetia sus lamentos y rasgaba sus vestiduras, rasgando todos las suyas, cubriéndose de cilicios y llorando con gran llanto.

Su bajada á Modin y su exhortacion.

No le pareció á Matatías que bastaba conmover los montes con sus lamentos y sus llantos, creyó que debia hacer que se oyesen tambien en su ciudad de Modin, y que hiriesen los oidos de sus paisanos. Bajó con sus hijos y compañeros á la ciudad, que se hallaba situada



al pié de la montaña. Llevaban impresa en el semblante la amargura de su alma, y sus vestidos rasgados manifestaban su profundo dolor. Desde luego impusieron y llamaron la atención de sus conciudadanos, y les hallaron dispuestos á escuchar cuanto quisieran decirles. Matatías aprovechó esta buena disposieion y les exhortó con el celo que ardia en su pecho á que reanimasen su espíritu y se preparasen á perderlo todo antes que abandonar las leyes santisimas de sus padres, á defender su adorable religion y á salir de la esclavitud en que se hallaban. ¿Pues qué? les diria en sustancia y compendio, ¿han nacido los hijos de Abraham para ser esclavos de las naciones? Los adoradores del Dios verdadero ¿podrán ver tranquilamente como se borra su culto? y unidos con el lazo mas fuerte del mundo, con el lazo santo de la religion, harémos temblar á los que nos tiranizan. ¡ Dichosos aquellos Israelitas que sean los primeros en hacer frente á los incircuncisos, en romper sus cadenas y principiar las peleas del Señor en defensa de su templo, su ciudad y su nacion escogida! ¿Qué tenemos que temer poniéndonos bajo de su omnipotente proteccion? ¡Ah! ¡Jerusalen está arruinada, y Modin aun subsiste! ¿Quién sabe si subsiste para levantar á Jerusalen y libertar á Israel?... Inflammados los buenos ciudadanos de Modin con el fuego de estos ardientes discursos, se unieron de corazon á Matatías, sus hijos y compañeros, y se prepararon para entrar desde luego en la pelea. No tardó en presentarse la ocasion.

Ministro de Antíoco para obligar á cumplir su edicto.

Supieron los ministros de Antíoco que se habia reunido un número de Judíos en la ciudad de Modin, y al momento pasó allá uno de estos satélites de Antíoco para obligarles á que hiciesen profesion pública de las

leyes y religion de los Griegos; ofreciesen sacrificios á los ídolos; quemasen incienso delante de ellos, y se apartasen de la religion y leyes santísimas de Dios, en cumplimiento del decreto del rey. En Modin, como en todo Israel, habia Israelitas infieles, en quienes la profesion pública de la idolatría no hacia sino descubrir la apostasia secreta de su corazon. Es verdad que en Modin el número de los desertores no era el dominante, pero se halló entre los que se tenian por fieles un número de cobardes que prefirieron el amor de la vida al sacrificio de su conciencia. Tuvo el dolor Matatías y los Israelitas fieles de ver abjurar á sus ojos, á mas de los apóstatas antiguos, un número de ciudadanos cobardes su religion y sus leyes, y consentir por flaqueza en todas las abominaciones que se les exigian; pero Matatías, sus hijos, y sus fieles compañeros estaban entretanto constantes y reunidos, y formados como un castillo impenetrable en medio de un ejército.

Promesas para seducir á Matatias y su respuesta.

Conocieron el ministro de Antíoco y la tropa que le acompañaba, que se hallaban dispuestos á morir antes que sacrificar su religion y sus leyes, y que no les era posible reducirlos con la fuerza. Entonces, contra el genio de los verdugos de Antíoco, trataron de vencerlos por la adulacion y las promesas. Se acercaron algunos á Matatías y le dijeron: Príncipe eres, y muy esclarecido y grande en esta ciudad, y adornado de hijos y hermanos. Llégate, pues, el primero y cumple el mandato del rey, como lo han hecho todas las gentes y tambien los varones de Judá, y los que han quedado en Jerusalem, y seréis tú y tus hijos contados entre los amigos del rey, y te colmará de oro, de plata y de muchos dones. Oyó Matatías con toda la indignacion, que le estaba inspirando su ardiente celo, estas adulaciones

y promesas seductoras, y para que nadie ignorase su resolucion y la de sus hijos y compañeros, respondió en alta voz: Aunque todas las gentes obedecen á Antíoco, apartándose de la observancia de la ley de sus padres y rindiéndose á los mandatos del rey, yo, mis hijos y mis hermanos (los Israelitas que me acompañan) obedeceremos á la ley de nuestros padres. Séanos Dios propicio, y no permita que nos apartemos jamás de su ley y sus mandamientos. Nosotros no daremos oidos á las palabras de Antíoco, ni sacrificaremos, traspasando los mandamientos de nuestra santa ley, para ir por otro camino.

Se presenta un Judío á ofrecer sacrificio al ídolo y Matatias le mata y tambien al ministro de Antioco, y se vuelve al monte con los suyos.

Cuando acababa Matatias de decir estas palabras, se acercó delante de todos un Judío para sacrificar á los ídolos sobre el ara, conforme al edicto del rey. Miró con horror Matatías este enorme delito, se estremecieron sus entrañas, se encendió su furor segun el celo de la ley, y arrojándose al criminal, le hizo pedazos sobre la misma ara. En este momento se abrió la campaña de Israel contra Antíoco y contra todos los enemigos de su religion y sus santísimas leyes. Matatías no paró aquí, se arrojó en seguida sobre el ministro de Antíoco y le mató, celando así la ley del Señor, como hizo Finees quitando la vida á un mismo tiempo al Israelita Zambri y á la Cozbi Madianita; huyeron de Modin aterrados los incircuncisos, y Matatías saltó sobre el sacrilego altar, hizo pedazos el ara, y clamó en alta voz corriendo por la ciudad: Todo aquel que tiene celo por la ley, y está firme en la alianza, salga en pos de mí y sígame. No se hallaba Matatias todavía en disposicion de encerrarse en la ciudad y defenderla de los enemigos, que no

tardarian en venir á dar sobre él. Abandonó todos sus bienes, y huyó con sus hijos y compañeros á los montes en que habian estado antes, y entonces los que amaban la ley y la justicia, se fueron al desierto con sus hijos, sus mujeres y sus ganados.

Muerte de mil Israelitas por no quebrantar el sábado,

Los paganos que huyeron de Modin dijeron á los ministros de Antíoco y al cuerpo de tropas que habia en Jerusalem en la ciudad de David, que unos Israelitas, despues de atropellar el mandato del rey, se habian marchado á sitios escondidos del desierto y les habian seguido muchos; luego salieron en su busca, y habiéndoles descubierto, les cercaron en día de sábado, y les dijeron: ¿Aun os resistiréis? Salid y haced como manda el rey Antíoco, y viviréis; y ellos respondieron: No saldremos, ni harémos el mandato del rey, profanando el día del sábado. Ya en Jerusalem los paganos habian esperado el día del sábado para hacer una carnicería en los Judíos, sin que les costase mas que matar á su placer, porque los Judíos creían no poder defenderse, ni dar un paso para huir en día de sábado. Ahora hicieron lo mismo; esperaron al día del sábado para cercarlos y matarlos sin que se resistiesen. Por desgracia no estaban allí Matatías y sus compañeros, porque el gran sacerdote habria declarado, como lo hizo despues, que la defensa no se oponia al descanso del sábado, y habria hecho frente á unos cobardes que solo se atrevían á acometerles en día de sábado. Pero no estaba allí Matatías y los infelices se dejaron matar sin hacer la menor resistencia. Y movieron (los paganos) batalla contra ellos, dice el texto sagrado, y no les resistieron, ni arrojaron una sola piedra contra los soldados, ni aun cerraron las cuevas que eran fuertes defensas, diciendo: Muramos todos en nuestra simplicidad, y el cielo y la

tierra, dijeron á las tropas, serán testigos de que nos matais injustamente. Los asaltaron, pues, en día de sábado y murieron ellos, sus mujeres y sus hijos hasta el número de mil hombres.

Se declara que es permitida la defensa en sábado.

Cuando Matatías, sus hijos y compañeros lo supieron, hicieron gran llanto sobre ellos, y dijo cada uno á su compañero: Si todos hiciéremos como nuestros hermanos han hecho, y no peleáremos por nuestras vidas y por nuestras leyes contra las gentes en día de sábado, á poco tiempo acabarán con nosotros; y resolvió en aquel día Matatías y todos sus compañeros, diciendo: Todo hombre, sea quien fuere, que venga á hacernos guerra en día de sábado, combatamos contra él y no morirémos todos como han muerto nuestros hermanos en las cuevas.

Entonces se unió á ellos la sinagoga ó congregacion de los Asideos ó Justos, varones valientes de Israel y todos celosos de la ley. Se cree que eran los *Esenos*, hombres muy recomendables por su virtud, su retiro y su pobreza, y los mismos que en otros tiempos se habian llamado, primero *Cineos*, y despues *Recabitas*, de los que se habló en el primer tomo de esta historia. Tambien se unieron todos los que huían de la persecucion, y aumentaron mucho las fuerzas de Matatías.

Principia Matatías la guerra.

Viéndose el celoso anciano con un cuerpo de ejército, en verdad poco numeroso, pero de soldados valientes y bien animados con la esperanza de ser protegidos por el Señor, no dilató por mas tiempo el ponerse en movimiento. Conocia que los primeros enemigos que tenia que destruir, no eran los paganos, sino los falsos her-

manos, los apóstatas que se hallaban en todas las ciudades y eran los mas perjudiciales; porque es bien sabido, que en las guerras en los que tiene parte la religion, se debe desconfiar mucho mas de las hijos que la abandonan, que de los enemigos que la persiguen; y así determinó principiar la defensa de su religion y de su patria por la persecucion de estos desertores del pueblo de Dios, que eran los que mas habian encendido su ira, y los que debian apagarla con el sacrificio de su vida. Recorrió la tierra de ciudad en ciudad con un denuedo que hizo temblar á las guarniciones de incircuncisos que se hallaban en ellas, sin que hubiese uno que se atreviese á esperarle, porque, como ya hemos dicho, iba la proteccion y el poder del Señor á su frente. Exterminó cuantos apóstatas alcanzó, y no quedaron de esta mala raza, sino los que huyeron á las naciones vecinas antes que les alcanzase la espada. Dieron vuelta Matatías y su pequeño ejército por todas las ciudades de los contornos. Redujeron á polvo los ídolos, derribaron los altares, é hicieron pedazos las aras; circuncidaron todos los niños que hallaron en Israel, sin hacer caso de las órdenes de Antioco; persiguieron á sus orgullosos enemigos, y prosperó la obra de la libertad de Israel en sus manos. Vindicaron la ley de mano de las gentes y de los reyes, y no dejaron lugar á los designios que tenia Antioco de borrar la religion del pueblo de Dios.

Faltan las fuerzas á Matatías y conoce que va á morir.

Pero Matatías, despues de cerca de un año de fatigas muy superiores á su edad, se sintió desfallecer y conoció que se acercaba su muerte. Entonces no se ocupó en pedir al Señor la prolongacion de una vida que habia ofrecido tantas veces y con tan buena voluntad á los peligros de perderla por la defensa de sus leyes santísimas; sino en dar gracias á su bondad infinita porque se la

habia conservado para ser el primer vengador de sus altares, y dejar principiada la obra de la libertad de su pueblo. Contento con haber desenvainado la espada para esta guerra santa, y dado con brazo trémulo los primeros golpes, solo deseó trasladarla á manos jóvenes y robustas que continuasen descargando los golpes terribles que eran necesarios para seguirla y concluirla.

Hermoso discurso que hace á sus hijos.

Como otro patriarca Jacob hizo que sus hijos rodeasen su lecho, y les dirigió el siguiente discurso, digno de un sacerdote del Altísimo, de un valiente Israelita y de un padre el mas celoso de las glorias del Señor, y de la religion y virtudes de sus hijos. Sed, hijos mios, les dijo, celadores de la ley, y dad vuestras vidas en defensa del Testamento de vuestros padres. Acórdaros de imitar las obras que aquellos hicieron en sus generaciones, y recibiréis grande gloria y un nombre eterno. Abraham sufrió con fidelidad la tentacion, y le fué imputado este sufrimiento á justicia. José en el tiempo de su peligro guardó el mandamiento (de la pureza) y fué hecho señor de Egipto. Finees, nuestro padre (ascendiente), celando el celo de Dios, alcanzó el Testamento de un sacerdocio eterno. Josué, cumpliendo el encargo (de poner al pueblo de Dios en posesion de la tierra prometida), fué hecho el capitan de Israel. Caleb, dando testimonio (buena noticia de aquella tierra) en la congregacion del pueblo, alcanzó una herencia (la ciudad de Hebron). David con su misericordia (particularmente con Saul) consiguió el trono del reino para siempre. Elías, celando el honor de la ley (cuando hizo morir á los sacerdotes de Baal), fué arrebatado al cielo. Ananías, Azarías y Misael creyendo, fueron librados de la llama. Daniel en su simplicidad se libró de la boca de los leones... Id discuriendo así, hijos mios, de genera-

cion en generacion, y veréis que todos los que esperan en Dios, no flaquean. No temais las amenazas del peccador, porque su gloria es estiércol y gusanos. Hoy es ensalzado, y mañana no se encuentra, porque se volvió á su polvo y pereció su engreimiento. Vosotros, pues, hijos míos, esforzaos y obrad con valor por la ley. Por ella seréis gloriosos.

Nombra general á Judas Macabeo y consejero á su hermano Simon, y muere en una buena ancianidad.

Ahí tenéis á vuestro hermano Simon. Yo sé que es hombre de consejo. Escuchadle siempre, y él os será en lugar de padre. Judas Macabeo, que es hombre de gran valor desde su juventud, sea el general de vuestro ejército. Él hará la guerra del pueblo. Atraed á vosotros todos los que guardaren la ley, y vindicad el honor de vuestro pueblo. Retribuid su vez á las gentes, y no perdáis de vista el cumplimiento de la ley. El venerable padre, despues de un discurso tan patético y de una exhortacion tan eficaz, bendijo á sus hijos y murió en una edad avanzada (no se sabe de cuántos años) y en una buena ancianidad; y lleno de dias y méritos fué agregado á sus padres. Esta preciosa muerte sucedió el año ciento cuarenta y seis de la era de los Griegos, tres mil ochocientos cuarenta y uno del mundo y ciento y cincuenta y nueve antes de Jesucristo.

Sus honras y su sepulcro.

Matatías, este celoso y valiente anciano, fué el primero en despertar y animar el valor abatido de sus hermanos, sin mas soldados que sus hijos y algunos Israelitas fieles, y casi solo se atrevió á exponerse á todo el furor de un tirano como Antíoco. Él llegó á reconocer

que Dios no estaba irritado para siempre, y con este dulce conocimiento se determinó á tomar las armas para defender la religion y la patria. Matatías vivió en la virtud, murió con las armas á la cabecera de su cama, y dejó á la nacion cinco héroes en sus cinco hijos. Israel conoció cuánto le debia, le ofreció el tributo de su reconocimiento en sus lágrimas, le hizo exequias magníficas, y le enterró en su ciudad de Modin en el sepulcro de sus padres. San Jerónimo vió y veneró su sepulcro cerca de cinco siglos despues de su muerte.

Aumenta Judas Macabeo el ejército hasta seis mil hombres.

Cumplidos los últimos obsequios tan justamente debidos á este nuevo patriarca, solo se trató de llevar adelante la guerra tan felizmente principiada. Matatías habia dejado señalado á su hijo Judas Macabeo para dirigirla, y la eleccion no cabia mas acertada. Su sobrenombre *Macabeo*, que significa *hombre destinado á domar enemigos*, era ya un presagio de sus victorias. Emprendió, pues, este Macabeo la continuacion de la guerra, le ayudaban sus hermanos y todos los que habian seguido á su padre, y peleaban las peleas del Señor, las peleas de Israel con alegría. El primer cuidado de Judas fué aumentar las tropas que le habia dejado su padre, y que por su corto número no eran suficientes á pelear en las llanuras, y para conseguirlo, tanto él como sus oficiales entraban á escondidas, con algun otro soldado de los mas valientes, en los lugares y ciudades, y convocando á sus parientes y amigos, y tomando á los que habian permanecido en la religion de sus padres los llevaban consigo, y de este modo llegaron á juntar un ejército de seis mil hombres valientes y decididos. Esto era ya bastante para un general que no queria entre sus soldados hombres vagamundos, dispuestos al robo